

El mexicano del año

El mexicano del año

Primera edición, 2016
Colección Encuentros

D.R. © 2016, Editorial Paralelo 21, S.A. de C.V.
Ricardo Palmerín 11, Col. Guadalupe Inn.
C.P. 01020, México, D.F.
www.mexicanisimo.com.mx

D.R. © Por los textos, los autores, 2016

ISBN 978-607-7891-27-7

Diseño y portada: Bruno Pérez Chávez

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO

PRINTED IN MEXICO

☛ PRÓLOGO

“Toda la historia de México, desde la Conquista hasta la Revolución, puede verse como una búsqueda de nosotros mismos, deformados o enmascarados por instituciones extrañas, y de una forma que nos exprese”.

Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*

En las vísperas del 2010, Mónica González Gallástegui, Luis Jorge Arnau Ávila y yo reflexionamos sobre la manera editorial en que conmemoraríamos el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución. Gran parte de las ideas que surgieron se enfilaban a las maneras tradicionales de contar la historia, lo cual ya hacíamos, al dedicar más de un número de la revista *Mexicanísimo* al tema, además de crear una sección especial dedicada al Bicentenario en la cual publicamos diversos artículos siguiendo esa línea, empezando con el artículo “La historia antes de la historia. Nuestro país en vísperas de la Independencia”, de Rafael Estrada Michel, en el que nos remontábamos a 1808, año en que comenzó a gestarse la lucha para hacer de la Nueva España una Nación independiente.

Sin embargo, la pregunta sobre cómo hacer “algo más” seguía abierta. Para responderla, quisimos no limitarnos a rendir un homenaje a un personaje célebre de nuestra historia, aunque de Hidalgo a nuestros tiempos, las posibilidades eran muchas. Tampoco queríamos restringirnos a escribir sobre los dos momentos puntuales que se celebran, el del inicio de la Independencia y el del inicio de la Revolución, pues no solo creímos que ambos movimientos implican más que un día –o un año– en la vida de nuestro país, sino que, además, pensamos que para, realmente, celebrar la historia de los 200 años de nuestra patria, teníamos que echar una mirada a cada uno de ellos.

Por otro lado, buscando ser congruentes con nuestra manera de trabajar en la editorial y con la filosofía con la que editamos *Mexicanísimo*, decidimos desarrollar un proyecto editorial que fuera innovador, que mostrara la gran diversidad del país, los múltiples rostros de nuestra cultura, nuestro colorido e idiosincrasia, que contara la historia –y las historias– de una manera amigable pero inteligente, seria y sencilla a la vez, creativa y de fácil lectura, para no caer en academicismos, tecnicismos ni historicismos, que la mayor parte de las veces hacen compleja la difusión cultural.

Entonces, surgió el proyecto de la “Colección Mexicanísimo”, un conjunto de libros que buscan relatar la historia mexicana a partir de sus grandes personajes, de aquellos que han contribuido, de una u otra manera, a hacer de este un mejor país. Sin santificarlos pero, tampoco, sin menospreciar sus aportaciones; sin querer mostrar solo sus aciertos sino mostrando seres humanos con flaquezas y virtudes; sin mostrar solo la cara de los ganadores sino dando espacio para quienes, aun

en la derrota, aportaron a nuestra historia, pues un país solo se inventa, se imagina y se concibe a partir de su gente. Hay, sin embargo, personas que destacan, que sobresalen como los arquitectos de la nación. A ellos dedicamos estas páginas. Así, editamos *200 años, 200 mexicanos*, un libro en gran formato, del cual hoy publicamos esta versión de bolsillo corregida y aumentada.

Esta es la historia de México, contada, año por año de 1810 a 2015, a través de lo que denominamos “el personaje del año”. Esta es pues, *nuestra* historia: no de la guerra, sino de los guerreros. No de la literatura, sino de los escritores. No de los caminos, sino de los caminantes. No de la ciencia, sino de los científicos. Este libro contiene las vidas de las personalidades que han forjado al país en los distintos campos del quehacer, donde implícitamente se fueron entretejiendo los periodos significativos de estos 206 años. Este es un libro sobre la Independencia, el Imperio, las guerras, la Reforma, el Porfiriato, la Revolución, el presidencialismo, el priísmo, la alternancia, la vida contemporánea, la cultura, la academia, la prensa, la literatura, el cine, el deporte, etcétera, pero es más, su engranaje, la fuerza de sus actores sobre el escenario, las líneas de vida que han convergido para “inventar” a nuestro México.

Para seleccionar a los personajes, integramos un comité editorial de expertos en diversas áreas: Dr. Carlos Galindo Leal, Dr. Rafael Estrada Michel, Dra. Magdalena Mas, Dra. María Luisa Aspe Armella, Mtra. Begoña Zorrilla, Mtro. Luis Héctor Inclán Cienfuegos, Arq. Ramiro Beltrán, además de quienes participamos como editores.

Así pues, contamos, por supuesto, las historias de nuestros íconos: de Miguel Hidalgo y Nicolás Bravo, de Benito Juárez y Porfirio Díaz, de Francisco I. Madero y Álvaro Obregón, de Diego Rivera y Frida Kahlo, de Pedro Infante y María Félix, de Alfonso Reyes y Octavio Paz, de Humberto Mariles y Hugo Sánchez, etcétera. Sin embargo, en estas páginas el lector encontrará también personajes y acontecimientos menos conocidos y menos publicitados que, de la misma manera, han escrito páginas esenciales y le ha virado el rumbo al destino nacional, por ejemplo: aquel que es considerado como “el primer escritor mexicano”; ministros del Estado y mujeres que más de una vez fueron “el poder detrás del poder”; luchas contra piratas de personajes que, a la postre, elaborarían los primeros planes para derrocar a Porfirio Díaz; la historia del primer aeronauta mexicano; el inventor de uno de los elementos de la Tabla Periódica; o la del pintor desconocido que solamente se hizo famoso después de morir. También hay historias polémicas, personajes controvertidos, héroes temporales que decepcionaron a la población, próceres que parecen bandidos y criminales que parecen próceres. Este país se ha construido en medio de fuertes polémicas y diferentes enfoques. Por eso, de una página a otra, se encontrarán los virajes, a veces incomprensibles, de nuestro país en su búsqueda de una personalidad propia. A través del personaje del año encontraremos los tiempos de guerra y descubriremos los tiempos de paz, los de definiciones y los de vaivenes, los fríos y los ardientes años mexicanos que forman este Bicentenario.

Todas estas historias muestran que *viejo o adolescente, criollo o mestizo, general o soldado raso, obrero o licenciado,*

el mexicano tal vez no sea el que se encierre y esconda tras una máscara, ni sea tan celoso de su intimidad, ni se encuentre siempre lejos, incluso de sí mismo, sino que sea tal vez ese ser universal, creativo, descubridor, capaz de modificar el curso de la historia, una vez que ya ha salido de todo laberinto.

ALEJANDRO TOUSSAINT
Ciudad de México, 2016

1810

☛ MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Imposible empezar el trazo del camino de un México independiente sin ir de la mano de este jesuita inteligente, astuto, con gran capacidad para hacer amigos y con resentimientos familiares hacia España que, entre otras cosas, impulsaron su lucha junto con aquellos reunidos en Querétaro, quienes planeaban una difusa conspiración disfrazando sus reuniones de tertulias.

A este criollo nacido en Corralejo, Guanajuato, el 8 de mayo de 1753, se le debe tanto, que se le perdona todo. Un hombre que, como Vasco de Quiroga, dedicaba parte de su tiempo a enseñar oficios a los indígenas y que llegó a ser rector de su alma máter, el Colegio de San Nicolás Obispo en Valladolid, actual Morelia. Hidalgo era un imán, aunque era también un dolor de cabeza para muchos, aun antes de iniciada la guerra; un hombre agradable, gran maestro y reconocido teólogo, pero también un sujeto impredecible, de rencores profundos e ideas tercas, que pudo encender un movimiento al cual controló solo por espacios muy breves, pero que ya no fue posible apagar.

Alrededor de su personalidad y también de su investidura, los conspiradores decidieron integrarse. Su habilidad oratoria fue un importante detonador aquellos días de septiembre, en que la masa se arremolinó tras sus deseos de reducir la opresión peninsular.

Entre los aciertos de este inusual sacerdote está el haber ocupado la imagen de la Virgen de Guadalupe como estandarte, con lo que integró más fácilmente a los indígenas alrededor de su movimiento. Sin embargo, ni aquel símbolo fue capaz de reducir la violencia con la que aquella turba entró en Guanajuato tras tomar la famosa Alhóndiga, dejando una dolorosa herida de muerte inútil, tolerada inexplicablemente por su líder.

Violinista, actor, dramaturgo, Hidalgo estuvo lleno de interrogantes, que nos dejó para escudriñar en la historia. ¿Por qué no tomó la Ciudad de México aquel noviembre de 1810, cuando estuvo a las puertas de la capital, apoyado por miles de hombres? Muchos han cuestionado la extraña decisión de retirarse al Bajío. Tal vez ahí empezó a perder su guerra particular, ya que no solo desaprovechó el momento, sino resquebrajó su unión con Allende que, aunque frágil, podría haber asegurado una lucha más efectiva.

Después comenzó el camino de las derrotas que lo paseó por Aculco, por Puente de Calderón y que lo llevó a Acatita de Baján y a su captura. Hidalgo, el carismático detonador de un nuevo país, el fugaz motor de una nación que empezó a formarse casi sin desearlo, hombre de fe y de debilidades, galante e irresistible para las damas, abrió las puertas de la mayoría de edad para la más importante de las colonias españolas. Un hombre excomulgado, fusilado, decapitado, exhibido, que pese a todo resultó triunfador y se hizo padre de una patria que no ha dejado de agradecerse. La historia del México independiente empieza con él, ese mágico 1810.

1811

➤ IGNACIO ALLENDE

Estaba predestinado a conducir la lucha independiente y, por una jugada del destino, hubo de conformarse con ser, ante la historia, el segundo de a bordo. Allende fue hijo de una familia reconocida de San Miguel el Grande, poblado donde nació el 21 de enero de 1769; viudo codiciado que comandaba al famoso regimiento de los Dragones de la Reina, institución de élite en la Colonia; disciplinado militar de carrera, justo y ético, que ya había participado en las fallidas reuniones independistas de Valladolid, en 1809, y que, por fin, parecía tener el control para iniciar la lucha. Sin embargo, buscando dar cohesión al movimiento, se plegó a la personalidad de Hidalgo y se concentró en estructurar, a la sombra del cura de Dolores, aquel improvisado ejército. Habría que reconocerle que cedió el poder en beneficio del objetivo de la lucha, en un país donde la costumbre es hacer justo lo contrario.

Sus esfuerzos por dar disciplina a la masa y por evitar desmanes y violencia están plenamente documentados. Ignacio no quería pasar a la historia como un gavillero o un asesino pues era, ante todo, un hombre convencido del fin último del movimiento y que este iba más allá de la simple revancha, pero poco pudo hacer tras la victoria en Guanajuato, donde afloró la violencia furiosa de una turba tolerada por Hidalgo.

Allende se hubiera lanzado sobre la capital mexicana, tras la victoria en el Monte de las Cruces, por lo que al replegarse el ejército tras la extraña decisión de Hidalgo, pese a encontrarse a las puertas de una ciudad que no estaba preparada para la defensa, se fragmentó la confianza y se dictó, en cierto sentido, la suerte de las primeras luchas libertarias.

Después no hubo más para conciliar y Allende tomó el mando militar tras la derrota en Puente de Calderón, cuando empezaba 1811, un año ingrato que exhibió las deficiencias de los independentes. Con el ejército diezmado, Allende no pudo mostrar su genio militar y, tras intentar huir para reestructurar sus fuerzas, fue aprehendido con Hidalgo en Acatita de Baján, donde además su hijo fue asesinado. De ahí al cadalso hubo solo un breve plazo, pues el virreinato quería cortar de tajo aquel fugaz movimiento. El 26 de junio de 1811 terminó su aventura en Chihuahua. Habían pasado apenas nueve meses.

¿Cuál hubiera sido el destino de este país con Allende al mando desde el inicio? Saberlo es imposible, aunque el carisma del cura de Dolores aseguró buena parte del apoyo popular cuando no había más por ofrecer a la gente que solo sueños. Sin embargo, el caballero Allende fue la luz en 1811, cuando hubo que pagar el precio de aquel lanzamiento.

Instalado injustamente en un plano secundario, tras doscientos años de historia, Allende espera recibir el tratamiento justo por su participación en la formación de México. Por lo pronto, al menos, su población natal lleva su nombre.

1812

➤ IGNACIO LÓPEZ RAYÓN

Corría el mes de enero de 1817, cuando Ignacio López Rayón se refugiaba en el pueblo de Purungueo, Michoacán, acompañado de su esposa y de sus cuatro pequeños hijos. La junta insurgente de la Jaujilla lo culpaba por la capitulación del fuerte del Cópore, mientras los realistas lo perseguían por desempeñarse como ministro de la nación durante el cautiverio del rey Fernando VII.

Ignacio Antonio López Rayón y López Aguado nació el 31 de julio de 1773 en el Real de Minas de Talpujahuá, Michoacán. Hijo de una familia próspera, estudió Derecho y obtuvo su título en 1796 por el Ilustre y Real Colegio de Abogados de la Ciudad de México. En Talpujahuá se hizo de buena clientela. Además, tenía participación en la minería, era jefe de la estafeta de correos, miembro de la cofradía de la Santísima Trinidad y síndico del Convento de San Francisco. ¿Cómo explicar que a un hombre de buena estrella, vecino ilustre y recién casado, le diera por volverse rebelde y defensor de la libertad nacional?

Como profesionalista y propietario, resintió los efectos del cobro de hipotecas y prestamos forzosos para el sostenimiento de las guerras de España. Seguía con interés el pulso de los acontecimientos en la capital de la Nueva España, así como los brotes de conspiración en Valladolid y en otras ciudades importantes.

Todo ello derivaba en preocupación sentida para un hombre que participaba con plenitud en la vida económica y social de su villa.

La insurrección de Hidalgo se propagó en el Bajío. López Rayón se entrevistó con el cura de Dolores, quien le expuso las razones profundas de su levantamiento: buscaba la Independencia para constituir un gobierno propio. Siguió a Hidalgo y como consejero de la pluma sustentó la necesidad de crear un congreso que diera legitimidad, gobierno y leyes nuevas para los pueblos liberados.

Tras la aprehensión de los primeros insurgentes, López Rayón se transformó de abogado y difusor de ideas, en general de tropas rebeldes y cabeza visible del movimiento, la única en 1812. La insurgencia tomó asiento en la villa de Zitácuaro y ahí don Ignacio empeñó su espíritu en la creación y reconocimiento de un gobierno nacional independiente. Primero incentivó la creación de la Suprema Junta Nacional Americana, de 1811 a 1813, pero cuando este organismo decayó en medio de los regionalismos y la atomización del mando insurgente, se avino a participar con José María Morelos en la conformación del Congreso Nacional de Chilpancingo, inaugurado el 13 de septiembre de 1813.

Vivió con intensidad los debates y las convicciones libertarias de su época. Tras la muerte de Morelos, en diciembre de 1815, padeció la incomprensión de sus antiguos aliados y fue capturado por los realistas en diciembre de 1817. Fue aherrojado y estuvo preso hasta 1820, cuando obtuvo libertad bajo caución en la villa de Tacuba. En la época independiente fue requerido para ocupar cargos públicos y militares. Murió el 2 de febrero de 1832, en su casa en la Ciudad de México, a los cincuenta y ocho años.

1813

☛ JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN

Morelos fue, sin lugar a dudas, la primera gran figura de un estadista que logró ver más allá de sus propios esfuerzos. Su inteligencia, su sensatez, la gran capacidad de liderazgo que lo condujo a expandir su ejército inicial de solo 25 personas a varios miles, su capacidad estratégica, todo en Morelos parece marcarse con mayúsculas.

Este sacerdote y militar, nacido en Valladolid, hoy Morelos, el 30 de septiembre de 1765, tomó junto con López Rayón la responsabilidad vacante, después de las muertes de Hidalgo y Allende, a mediados de 1811. En su juventud había sido arriero y era conocido como un vaquero consumado. Sin embargo, como muchos otros, Morelos optó por una de las pocas opciones de estudios y entró al seminario para, más tarde, ordenarse sacerdote. En octubre de 1810 conoció a Hidalgo y este lo comisionó para formar un ejército en el sur, desde donde Morelos fortaleció su posición. Sus épicas correrías por el país durante aquellas campañas militares son reconocidas, pues en varias ocasiones dependió de contingentes muy pequeños, que mostraron una gran habilidad para reaccionar y escabullirse de los realistas. Morelos fue siempre un enorme estratega militar, cualidad que reconocieron sus propios enemigos. Entre

las batallas memorables, el famoso Sitio de Cuautla, donde pudo resistir durante dos meses el asedio de Calleja, es de las más destacadas.

Pero, sin lugar a dudas, fue 1813 el año en que consolidó su liderazgo. Su actuación en la toma de Acapulco —el sitio al Fuerte de San Diego duró cuatro meses— pero, especialmente, los trabajos del Congreso de Chilpancingo donde declaró la Independencia de la América Septentrional el 6 de noviembre, mostraron a un Morelos visionario que logró dar, por primera vez, una estructura seria al México que en ese momento se veía a sí mismo como una nación en ciernes. Sus *Sentimientos de la Nación* confirman una visión de país que no se había expresado anteriormente y ayudaron a dar esbozo a una primera Constitución que, aunque inviable —a decir del propio Morelos— abrió la puerta para la aportación de diferentes conceptos de nación y para que los individuos configuraran su destino como grupo. Ya no era solo un país de guerras, había que iniciar el camino para ser un país de leyes.

Este Congreso comisionó a Morelos para nuevas campañas, pese a que en varios momentos su salud estaba mermada. Sin embargo, su capacidad le permitió brillar ese y el siguiente año, aunque la Independencia, como a la mayoría, le pasó una gran factura.

Apresado en noviembre de 1815 y fusilado unos días más tarde, el 22 de diciembre, su muerte violenta lo integró al doloroso grupo de grandes iniciadores que nunca pudieron ver el resultado de su obra, pero dejó su presencia como uno de los grandes mexicanos que engalanan este país.

1814

☛ FÉLIX MARÍA CALLEJA DEL REY

Fiel a su rey y azote de la insurgencia novohispana, encontró su destino en la carrera de las armas. Félix María Calleja del Rey Bruder Losada Campaño y Montero de Espinosa nació el 1º de noviembre de 1753, en Medina del Campo, en Valladolid, España. La Europa del siglo XVIII fue escenario de guerras constantes entre España, Inglaterra y Francia, donde aquel hombre fraguó su espíritu y sus habilidades tácticas como militar.

Sus méritos le valieron un lugar destacado en el acompañamiento del segundo conde de Revillagigedo, virrey de la Nueva España, de 1789 a 1794. Se desempeñó como capitán de infantería del regimiento de Puebla, comandante de la brigada de infantería de la Intendencia de San Luis Potosí y brigadier de la misma. Sofocó rebeliones indias y expulsó a los filibusteros angloamericanos que invadían territorio texano. Su eficacia lo convirtió en un hombre de prestigio, no obstante los rumores de crueldad en el cumplimiento de sus empresas.

A los cincuenta y tres años se casó con Francisca de la Gándara, heredera de la hacienda de Bledos, hecho que le aseguró una buena posición en la sociedad potosina, donde tenía asentado su cuartel y era dueño de ranchos y haciendas. Al enterarse de la rebelión popular de Hidalgo, no esperó la orden para organizar

un campo de entrenamiento militar en la Hacienda de la Pila. Hinchido de lealtad y orgullo militar, arengó a sus hombres.

Merced a su experiencia, enfrentó a la masa incontenible que dirigían los insurgentes Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y Juan Aldama. Venció en Aculco, el 7 de noviembre de 1810, y en Puente de Calderón, el 17 de enero de 1811, con lo cual debilitó al movimiento rebelde, al tiempo que restauró el orden virreinal en ciudades como Guanajuato, Valladolid, Guadalajara y Zacatecas.

Mayor reto le ofrecieron los ejércitos comandados por Morelos, los hermanos Bravo, los Galeana, Ignacio Rayón y Mariano Matamoros. Dispuesto a liquidar de un solo golpe a sus enemigos, organizó el sitio de Cuautla, población defendida por Morelos y sus lugartenientes. Después de setenta y dos días de cerco, entre febrero y mayo de 1812, deploró el fracaso de la empresa. Peor aún, se mostró incapaz de contener los avances de los ejércitos enemigos en amplias regiones de Michoacán, Puebla, Veracruz, Oaxaca y el actual estado de Guerrero.

En reconocimiento a su labor, Calleja recibió el nombramiento de jefe político superior de la Nueva España, en marzo de 1813. En 1814 controlaba el país con un estilo firme de gobierno. Consideraba la posibilidad de un país independiente, bajo su mando, y en esa línea trabajaba. Fue removido de su cargo en septiembre de 1816 y retornó a España, donde el rey Fernando VII le concedió el título de conde de Calderón. Se le nombró capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz. Para su infortunio, fue encarcelado de 1820 a 1823 con motivo del golpe liberal del coronel Rafael de Riego, pero tras el restablecimiento de la monarquía recobró la libertad y ocupó el cargo de capitán general de Valencia, hasta su muerte el 24 de julio de 1828.

1815

☛ JOSEFA ORTIZ

Para ellos era la ejecución o la cárcel; para ellas, irónicamente, el convento se convirtió en prisión. Josefa, la gran dama de la historia nacional, fue también una de las primeras presas políticas de la época independiente. Nacida en Valladolid, el 8 de septiembre de 1768, fue siempre una mujer sólida y comprometida. Su carácter tozudo tenía, en parte, algo que ver con su orfandad temprana y la necesidad de sobrevivir por su cuenta en la Ciudad de México, a donde la había enviado a estudiar su hermana mayor.

Josefa se involucró, desde sus inicios, en aquellas charlas literarias en Querétaro, a donde su esposo había sido enviado como corregidor. Los invitados llegaban a tomar chocolate, tranquilos ante la presencia de la esposa de la autoridad de la ciudad. Sin embargo, al cabo de unos instantes, aquella mujer mostraba preocupaciones que iban mucho más allá de una simple tertulia. Era, en muchos sentidos, una mirada precisa entre los conjurados y un impulso cuando se tambaleaban los planes. Brillaba por su actividad propia y no como esposa del corregidor.

Con el descubrimiento de la conspiración y su memorable actuación al notificar a Hidalgo y Allende lo sucedido, fue detenida junto con su esposo y recluida en el Convento de Santa

Clara en Querétaro, donde supo que aquellos esfuerzos habían sido barridos por Calleja. En 1814 fue trasladada a México, al Convento de Santa Teresa y, finalmente, quedó encerrada en el Convento de Santa Catalina de Sena, conocido por ser más estricto que los anteriores, tras el juicio donde se le sentenció por traición. El corregidor Domínguez, su esposo, liberado previamente por petición popular, había actuado sin éxito como su abogado.

El año 1815 mostró claramente la firmeza de su carácter, pese a haber sido separada de sus hijos, pues mantuvo sus ideas independentistas y asumió con dignidad la sentencia y el encierro. Inclusive fue más allá, al rechazar cualquier posibilidad de solicitar un indulto que la hubiera regresado a casa.

La importancia de su actuación supera a su posición en las tertulias previas a la Independencia. Josefa Ortiz mantuvo en la reclusión el compromiso de ser parte de un movimiento que consideraba justo y decidió no claudicar, pese a que sus compañeros estaban en la cárcel o muertos. Es eso, su paso por la prisión que pudo evitar, lo que dignifica su imagen comprometida.

Tras su liberación, en 1817, Josefa pudo ver la conclusión de la Independencia cuatro años más tarde, pero renunció a formar parte de la corte de Iturbide, a quien acusaba de haberse alejado de los principios libertarios, participando incluso en las conjuras para destituirlo.

Murió en 1829, pero su imagen se alarga en el tiempo adquiriendo un sitio especial en nuestra historia. El aviso a los conjurados fue importante, pero su figura, en 1815, brilla desde el encierro.

1816

☛ MANUEL TOLSÁ

El rostro de la Ciudad de México muestra una innegable influencia de este maravilloso arquitecto y escultor valenciano, nacido en Enguera, que llegó a la Nueva España en 1791 como director de escultura en la Academia de Bellas Artes, tras haber enseñado la cátedra en la Academia de San Fernando, en Madrid. Varios de los edificios más representativos y hermosos de nuestra historia nacional se deben a Manuel Tolsá, quien murió en 1816 dejando inmersa a la antigua colonia en la lucha por su Independencia.

A poco de su llegada a México, Tolsá, nacido en 1757, asumió la terminación de la Catedral de México, un proyecto complejo por el valor del edificio pero también por las múltiples participaciones previas en el proyecto y por la muerte del arquitecto Ortiz de Castro, quien estaba trabajando en la construcción de las torres. Bajo su dirección, la Catedral fue, finalmente, concluida en 1813.

Otra de sus grandes obras es el Palacio de Minería, construido entre 1797 y 1813, una de las mayores obras del neoclásico en América.

Tolsá era un hombre polifacético que lo mismo fundía cañones que diseñaba ornamentos religiosos, que construía muebles y realizaba proyectos hidráulicos y obras de ingeniería civil, sin

perder su función como maestro y arquitecto. Así pues, construyó la maravillosa casa de los marqueses de Buenavista (hoy Museo Nacional de San Carlos), el palacio del Marqués del Apartado (hoy sede del Instituto Nacional de Antropología e Historia), el baldaquino de la Catedral de Puebla y el altar mayor de la Iglesia de la Profesa. También realizó los planos del Hospicio Cabañas, en Guadalajara, y del convento de Propaganda Fide, en Orizaba. En su obra fue capaz de amalgamar la herencia del mestizaje y el arte autóctono con los diseños que se desarrollaban en la península.

Entre su obra escultórica, la más reconocida es la célebre estatua ecuestre de Carlos IV, mejor conocida como *El Caballito*, que se encuentra entre el Museo Nacional de Arte y el Palacio de Minería, en una de las espléndidas plazas capitalinas. También resalta el tallado de una dolorosa que se encuentra expuesta al culto en el convento carmelita de San Luis Potosí.

Debido a su gran influencia, los historiadores lo refieren como un promotor de sus alumnos exitosos, a quienes trataba de integrar al ambiente cultural de la época.

Tolsá decidió no retirarse de sus actividades, pese a los rumores de la guerra que, por otra parte, aún no tenían gran impacto en la capital. Eso le permitió terminar varios de los proyectos que tenía en proceso. Sin embargo, a los cincuenta y nueve años, una úlcera terminó su vida aquel año fatídico de 1816.

1817

☛ MARTÍN XAVIER MINA

Su aparición fugaz y, en apariencia inefectiva, atrajo la atención internacional sobre un tambaleante movimiento dándole, al mismo tiempo, una gran dosis de legitimidad, al tratarse de un español peninsular procurando la independencia de una de sus propias colonias. Martín Xavier Mina (conocido también como Francisco Javier) dejó una importante huella en la historia, con apenas siete meses en el país.

Tras haber participado activamente en la Guerra de Independencia española y estar prisionero en Francia, Mina regresó a España en 1814, para huir nuevamente, al poco tiempo, a causa del acoso real tras un fracasado pronunciamiento en el que había participado su tío Francisco. En Inglaterra conoció a un fraile, combativo e inteligente, quien le narró lo que estaba aconteciendo en la Nueva España. Siguiendo los consejos de Fray Servando Teresa de Mier, un convencido luchador por la independencia en América, Mina decidió embarcar con él. El viaje a la colonia, complicado y lento, fue una enorme sucesión de desaciertos. Tardaron casi un año desde su salida de Liverpool, con varias y complejas escalas pero, finalmente, el 15 de abril de 1817, pudieron desembarcar en Soto la Marina e iniciar una serie de batallas, la mayoría de ellas desastrosas, con excepción de la memorable Batalla de Peotillos, el 15 de

junio. Tan solo unos días más tarde, mientras Mina se dirigía al centro del país, Teresa de Mier era apresado al recuperar los españoles Soto la Marina.

Mina se asoció en la lucha con Pedro Moreno, uno de los líderes importantes que aún seguían manteniendo vivo el movimiento que languidecía. En septiembre, tras varias escaramuzas que lo tenían en frecuente huída, la recién formada Junta de Gobierno ubicada en el fuerte de Jaujilla, al sur de Valladolid, aceptó su propuesta de atacar Guanajuato para intentar ayudar a los hombres de José Antonio Torres, sitiados en el Fuerte del Sombrero. Sin embargo, su ejército, desordenado y falto de disciplina, fue derrotado el 27 de octubre en el rancho El Venadito, el bastión de Moreno en el centro del país. Mina fue capturado mientras Moreno moría en la batalla.

Este militar, nacido en Navarra en 1789, que poco conocía del país antes de sus encuentros con Teresa de Mier en Europa, fue conducido ante el coronel Orrantia, quien al día siguiente llegó a Silao con su famoso prisionero y la cabeza del coronel Moreno clavada en una lanza. Mina fue llevado frente al Fuerte de los Remedios, a un lado de Pénjamo, y fusilado el 11 de noviembre, a los veintiocho años, aunque su presencia en 1817 ayudó a sobrevivir a los deseos por hacer de México una nación.

1818

☛ JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Tras la aparición de los primeros tres volúmenes de *El Periquillo Sarniento* y sus continuos desencuentros con las autoridades, Fernández de Lizardi anunció la suscripción a su segunda novela, *La quiijotita y su prima*, cuyo primer volumen se publicó en 1818. Para entonces, “el Pensador Mexicano”, quien había tomado su sobrenombre de su famoso periódico clausurado en 1814, era una conocida personalidad literaria. Ese mismo año, también publicó *Noches tristes y día alegre*, una autobiografía romántica.

Si bien su refinamiento literario fue puesto en duda por los críticos, no sucedió lo mismo con su agudeza crítica, su frescura y su punzante sinceridad que traducían de manera brutal el sentir popular ante la situación del país. Fernández de Lizardi, nacido el 15 de noviembre de 1776, en la Ciudad de México, criollo de recursos limitados que nunca pudo terminar su instrucción como bachiller, era una especie de juglar que evadía la censura con mil argucias, para criticar a los poderosos.

Aunque en un principio no era un ferviente partidario de la Independencia, José Joaquín participó en varios hechos de la guerra por su posición como teniente de justicia en Taxco al inicio del conflicto y la cesión de armas a los insurgentes

que le valió una breve temporada en la cárcel. Pero su mayor participación con la pluma fue en contra del clero de la época (fue el primero en pedir la separación de la Iglesia y el Estado) y sus frecuentes ataques a los virreyes en turno. Fue un implacable crítico de las fallas del imperio español desde que decidió dedicarse de tiempo completo al periodismo en 1812, poniendo especial énfasis en los problemas de la Nueva España que necesitaba, en su opinión, una educación racional, universal y obligatoria, pero siempre con plena libertad en la discusión de las ideas.

Es también de resaltar el impresionante ritmo de trabajo de este escritor, quien publicaba exhortos, periódicos (más de diez durante su vida, todos con nombres simpáticos o rimbombantes), poemas, obras de teatro, novelas y folletos, buscando todo tipo de medios para publicarlos, con o sin permiso de la censura, para satisfacción del pueblo que hacía suyos los continuos ataques verbales de este personaje que se movía como niño travieso de un lado a otro, importunando a las autoridades y al clero que, inclusive, lo excomulgó en una ocasión, por dos años.

En 1821 se decidió, finalmente, por apoyar a Iturbide y participó en la redacción de la prensa insurgente, aunque más tarde fue atacado por conservadores e independientes radicales. Los últimos años de su vida fueron de penuria económica y ya sin tener el brillo de aquellos primeros años que, en 1818, lo hicieron emerger como la personalidad más refulgente.

Para algunos, Fernández de Lizardi, muerto en el 27 de junio de 1827, es el primer novelista americano.

1819

☛ MARÍA IGNACIA RODRÍGUEZ

Alejandro von Humboldt dijo que era la mujer más hermosa que había visto en el curso de sus viajes. Simón Bolívar se enamoró de ella irremediamente. Agustín de Iturbide solía perderse entre sus brazos y gracias a ella —porque ella lo impulsó— se convirtió en el libertador de una patria. Miguel Hidalgo fue su amigo. Era bellísima, inteligente, culta, gran conversadora y diestra en el arte de la guitarra. Sin embargo, poseía una cualidad más grande que las demás: simpatizaba con la causa independentista.

Los hombres la idolatraban, las mujeres la envidiaban. “La Güera Rodríguez” lo sabía. Sabía que su rubia cabellera, su cara perfecta y su cuerpo delicadamente entallado en un suspiro eran la mejor llave para abrir cualquier puerta, incluso las gruesas puertas de la riqueza, las comodidades y el poder.

Su primer matrimonio se realizó a causa de una orden directa del virrey don Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, conde de Revillagigedo, a quien le escandalizó que tanto María Ignacia como su hermana mayor platicaran todos los días con sendos jóvenes militares. No hubo más remedio: las nupcias se efectuaron, pero María Ignacia descubrió que su moral era más bien ligera y su generosidad afectiva era enorme. El pobre y cornudo marido no tuvo más remedio que separarse e ir a

llorar su pena a Querétaro, donde murió de un mal del hígado. María Ignacia no perdió el tiempo y se casó con otro hombre, rico en edad, pero también en dinero. Tuvo a su primera hija, Victoria, al poco tiempo de enviudar. Ya con la vida resuelta, pues heredó una fortuna, se dedicó a vivir como quería. Se mezcló con las familias más distinguidas de la Nueva España, se acercó a los intelectuales, a los artistas, a los clérigos. Su inteligencia y sus habilidades la convertían no solo en la mujer más deseada y reverenciada, sino también en la más poderosa, pues es bien sabido que a una mujer excelsa no se le niega nada, ni siquiera información. La “Güera” lo sabía todo.

Cuando el militar Juan Garrido traicionó a los independentistas con Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato, reveló que una señora proporcionaba dinero a Hidalgo para la compra de armas. El escándalo provocó que María fuera llamada a rendir cuentas ante la Santa Inquisición. Sin inmutarse, se presentó, y antes de que pudieran acusarla, comenzó a decir en voz alta los pecados carnales de cada uno de los tres inquisidores. Luego, se levantó y se marchó.

Ella era parte de la conspiración, pero nadie lo ignoraba. Se daba el lujo de hablarlo con libertad. Cuando la guerra comenzó, apoyó a los rebeldes. Incluso, cuando uno por uno los jefes insurgentes fueron aniquilados, la “Güera” sugirió el camino que debería seguirse: nombrar a Iturbide nueva cabeza del movimiento. No fue gratuita esta opinión, pues el militar y María Ignacia se conocían perfectamente. Al final, obtuvo lo que siempre quiso: imponer su voluntad por sobre las decisiones de cualquier hombre, con lo que se convirtió en la heroína más pícaro, hermosa e inteligente de la historia nacional.

1820

☛ JOSÉ MARIANO MOCIÑO

La Corona española ordenó, a finales del siglo XVIII, una serie de exploraciones por la Nueva España y zonas aledañas, con el fin de conocer la diversidad animal y vegetal. Así surgió la Real Expedición Botánica, que recorrió lugares de Canadá, Estados Unidos, México, Guatemala y Nicaragua. Encabezada por Martín Sessé y Lacasta, comenzó una aventura admirable a la que se unió José Mariano Mociño, en su tercera fase.

Esta expedición, una impresionante proeza, dio como resultado el descubrimiento, estudio y clasificación de distintas plantas y sus géneros, así como de aves, peces, mamíferos, anfibios, insectos, reptiles e invertebrados.

La muestra fue invaluable ya que contaba con aproximadamente dos mil láminas que contenían la información de ambos científicos e ilustraciones de Juan de Dios Vicente de la Cerda y Anastasio Echeverría y Godoy.

Con la muerte de Sessé y, posteriormente, de Mociño, en Barcelona, el 19 de mayo de 1820, se perdió gran parte del acervo durante más de siglo y medio, o se dispersó en lugares como el Real Jardín Botánico de Madrid o el Real Jardín Botánico de Ginebra. Sin embargo, el Instituto Hunt para la Documentación Botánica en Pittsburgh, Pensilvania, logró rescatar gran parte

del mismo y, en 2010, la UNAM y la editorial Siglo XXI publicaron, en doce volúmenes, esta obra excepcional.

José Mariano Mociño y Lozada nació el 24 de septiembre de 1757, en Real y Mineral de Temascaltepec, hoy Estado de México. Estudió Filosofía en el Real y Pontificio Seminario Tridentino y, posteriormente, Medicina en la Facultad de Medicina. Fue recolector de una de las muestras naturalistas más relevantes de la época novohispana.

Aventurero y explorador, sus aportaciones abarcaron a la botánica, filosofía, medicina, antropología, vulcanología, teología y zoología. Sus estudios e investigaciones son fundamentales para conocer los descubrimientos de la época. Entre sus obras destacan *Flora Americana*, *Plantae Novae Hispanie* y *Noticias de Nutka*.

En vida, Mociño muchas veces firmó con el seudónimo de Joseph Velázquez o José Velázquez de Vice Cotis, por lo que algunas de sus contribuciones se perdieron, son desconocidas o, incluso, atribuidas a otras personas.

Desafortunadamente, en su momento no se le brindó el reconocimiento debido y después de más de dos siglos, se comienza a conocer su labor, el trabajo de un científico mexicano que aportó al conocimiento de flora y fauna americanas y la gran riqueza de aquel nuevo continente.

El filósofo y poeta Jaime Labastida describió a Mociño como “el filósofo ilustrado y científico moderno más completo que hubo en Nueva España”, mientras que José Narro lo calificó como “el mejor científico del virreinato, además de ser un filósofo extraordinario y un médico”.

1821

➤ AGUSTÍN DE ITURBIDE

El caso de Agustín de Iturbide es tal vez único en el mundo: fue quien consumó la Independencia de México, país que, para agradecérselo, lo mandó fusilar y, ante los ojos de la historia, lo convirtió en traidor. Ni santo ni demonio, Iturbide vivió una etapa complicada en medio de una nueva nación sin rumbo, llena de conspiraciones, codicias e intereses. Nacido en Valladolid, hoy Morelia, Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburu ingresó a la milicia con el grado de alférez del regimiento provincial de su tierra natal. A causa de su condición de criollo, simpatizaba con los movimientos rebeldes y con las ideas independentistas, pero era estrictamente obediente a su uniforme militar. Apoyó, por ejemplo, el primer golpe de Estado en la historia de México: la crisis política de 1808 que destituyó al virrey José de Iturrigaray.

Iturbide creía en la Independencia, la cual, suponía, podría lograrse fácilmente si se conciliaran los intereses de las tropas realistas con los de las fuerzas insurgentes. A pesar de estas ideas, se alineó del lado español y combatió con eficacia a los caudillos. El triunfo sobre Morelos levantó su prestigio y le dio renombre. Años después, en 1820, las tropas rebeldes habían sido diezmadas. Muchos de los cabecillas estaban sepultados o encarcelados, y solo unos pocos, como Vicente Guerrero,